

y deseo que nos volvamos á ver pronto.....  
muy pronto.

Y señalándole con una mano la puerta del  
gabinete, le tendió la otra.

Matusalem salió diciéndose á sí mismo:

—¡Demonio! ¡Demonio! Maldito Miguel;  
maldita lengua mia; esta broma va á ser la  
más pesada.

---

#### CAPÍTULO IV.

Tesis, Hipótesis y Síntesis.

Cuando Matusalem se encontró en la puerta de la calle indeciso acerca de la dirección que debía tomar, comprendió las dificultades de su empresa. ¿Dónde encontrar el camaranchon que serviría de albergue á Miguel? ¿Acaso había algún rincón en alguna casa donde pudiera decir: «Aquí vivo»? La primera duda que le asaltaba era si Miguel vivía en alguna parte.

Madrid es un pueblo muy hospitalario; durante el día tiene abiertas de par en par sus calles para todo el mundo, ofreciendo en el verano la sombra de las esquinas, y en el invierno el sol de las plazuelas; durante la noche no le falta nunca al más perdido el modesto rincón de alguna taberna, la cómoda



hospitalidad de algun café, ó el seguro domicilio de algun garito donde esperar la luz del nuevo día, porque estos establecimientos de beneficencia están siempre abiertos para recibir á los más extraviados en el camino de la vida.

Por supuesto, sin contar los caisnos, donde algunas gentes, que tienen familia por mera costumbre y casa por puro lujo, pasan el día y la noche, y donde, por regla general se bebe, se charla y se juega poco más ó ménos como en las tabernas, en los cafés y en los garitos.

No viviendo Miguel en ninguna parte, sólo podia encontrarlo Matusalem en una de las cuatro partes del mundo moderno, á saber: en alguna calle, en alguna taberna, en algun café ó en algun garito. Y échese V. á buscar á un hombre entre cien mil transeuntes en un laberinto de mil calles lo ménos, entre seis mil tabernas próximamente, en más de dos mil cafés y en quinientos garitos. Le hubiera sido más fácil encontrar la fórmula científica de la cuadratura del círculo.

Lo primero que le ocurrió fué no buscarlo, volver á la noche y decirle á la Marquesa: «Señora, ese arcángel, aragones ilustre por más señas, no vive en ninguna parte»; pero no sintiéndose con fuerzas para hacer frente al enojo de tan opulenta dama, renunció á su idea. Además, con semejante recurso sólo conseguia aplazar la dificultad, porque la Marquesa enojada lo obligaria á emprender de nuevo sus pesquisas, aunque fueran las dos de la madrugada.

Matusalem no tenía de sí propio una grande idea; era justo consigo mismo y no se atribuia ningun mérito extraordinario; pero sabía aprovechar las imperfecciones ajenas, amoldándose á ellas con la suave ductilidad de la cera. Dejaba á los tontos la admiracion y el entusiasmo por las buenas cualidades, dedicándose especialmente á lisonjear todos los defectos, á excusar todas las debilidades con tal que las debilidades y los defectos recayeran en personas colocadas por cualquier circunstancia en elevadas posiciones. Su espíritu práctico, digámoslo así, mercantil, lo conducia siempre á la transaccion, partiendo



equitativamente la diferencia entre la verdad y la mentira, entre el vicio y la virtud. Á lo que una razon austera llamaria su egoismo, el mundo le daba el nombre de bondad. Habia reglamentado sus vicios, ordenado sus dudosas costumbres, y era, preciso es decirlo, un hombre de bien tan servicial, que era difícil prescindir de sus servicios.

En otra época, ménos amable, ménos condescendiente, hubiera sido en vez de servicial, servil, pero cada uno debe nacer en su tiempo, y ya vemos que Matusalem habia tenido la fortuna de nacer en el suyo.

Tenía un Dios y una moral; el dios éxito y la moral de los hechos consumados; habia aprendidó perfectamente la ciencia de la vida y sabía vivir.

Su ambicion era la Marquesa; descontentarla era exponerse á caer de la altura á que ella misma lo habia elevado; era más, era perder sus esperanzas..... esperanzas remotas, pero al fin, esperanzas..... porque todo era posible en aquella mujer extravagante, con la cual se habia propuesto agotar el tesoro de sus complacencias.

Por consiguiente, se hacia preciso buscar á Miguel y encontrarlo, y saber dónde vivia, aunque no viviera en ninguna parte.

Mas esto era materialmente imposible, sobre todo en tan poco tiempo. El infeliz se encontraba entre la espada y la pared. Dos días ántes hubiera dado la vida por no verlo; ahora Dios sabe lo que daria por encontrarlo.

Desechada la primera idea, se le ocurrió la segunda, porque era un hombre tan ordenado que nunca se le ocurrían dos ideas á la vez; en él todo iba por su orden, lo primero ántes, lo segundo despues.

La segunda idea fué la transaccion entre buscarlo ó no buscarlo, un subterfugio para huir del mismo modo del enojo de la Marquesa y de la dificultad de encontrar á Miguel, medio seguro de ganar tiempo, que se reducía al sencillo expediente de inventar unas señas; mas el engaño se descubriría pronto, pues para algo queria la Marquesa saber dónde vivia Miguel, y entónces el enojo de la señora subiría de punto.

Regularmente se desea saber dónde vive



una persona ó para escribirle ó para visitarla, y Matusalem se inclinó á creer que la Marquesa haria lo primero, y en tal caso vió con perfecta claridad la manera de salir del paso con todos los honores de un triunfo completo.

Le era sumamente fácil buscar en aquel momento una boardilla, alquilarla en el acto con el nombre de Miguel Lanuza, poner en ella una persona de su confianza, llevar las señas de esta habitacion á la Marquesa y esperar..... ¿Esperar qué?..... Probablemente una carta, que al punto vendria á sus manos, que leeria de la cruz á la fecha y que él mismo se tomaria el trabajo de contestar en nombre de Miguel. Esto era tener en sus manos el hilo de la intriga, que podria dirigir, alargándola ó cortándola segun el aspecto que fuera presentando; era adquirir una coleccion de preciosos documentos, en los que la Marquesa, á la segunda carta, se abandonaria al ímpetu de su loca imaginacion, una vez metida de hoz y de coz en aquellos amores de novela, en los que, claro está, no llegaria á verificarse ninguna entrevista.

Poseer aquellos documentos era poseer el corazon de la Marquesa, era hacerse dueño de ella, era todo lo que podia apetecer, era dar un paso enorme, gigantesco, hácia sus remotas esperanzas; era, en fin, ver acercarse á sus ojos despiertos la realidad deslumbradora de su sueño de oro.

Concebido el plan, no vaciló ya más tiempo y se lanzó á la calle en busca de una boardilla desocupada. Marchaba con aire triunfante, con esa arrogancia que siente el hombre que va satisfecho de su talento; se admiraba á sí mismo y se creia un genio.

Andando, andando, vino á desembocar en el centro de Madrid, pensando á la vez en dos cosas bien opuestas; en un palacio y en una boardilla.

Cruzó la Puerta del Sol y subió por la calle de la Montera lentamente, porque dudaba cuál sería el sitio más á propósito para elegir su nueva habitacion, ó mejor dicho, la habitacion de Miguel Lanuza. Demasiado céntrica no convenia, demasiado extraviada tampoco le parecia conveniente.



Así son los cálculos humanos; aún no había encontrado la boardilla y ya no sabía dónde ponerla.

Después de entrar y salir en muchas calles, tropezó al fin con una puerta, en la cual se hallaba una tablilla, que decía: *Se alquila la mejor boardilla de la casa.* Miró cautelosamente á un lado y á otro, y no viendo en la calle á ninguna persona conocida, entró en la portería.

Al sentir sus pasos, el portero sacó la cabeza por el ventanillo, y ántes que pudiera preguntarle, ¿á qué cuarto va V., caballero? Matusalem le dijo:

— He visto en el portal que se alquila una boardilla.

— Sí señor, una hermosa boardilla; pero me parece que no ha de ser habitación para usted.

— Ciertamente; no es para mí, replicó Matusalem, satisfecho de la observación del portero.

— En ese caso.....

— En ese caso, la necesito.

— Entónces es para V.

— No es para mí; es para..... para una pobre familia, á quien quiero hacer esta obra de caridad.

— Eso sí; para una obra de caridad es una boardilla que ni pintada; además, sólo cuesta cuatro duros al mes; dos meses de fianza y uno adelantado.

— No es barata, advirtió Matusalem.

— Véala V., replicó el hombre.

— Es inútil; cuando se trata de hacer bien no debe repararse en duro más ó ménos.

El portero arqueó las cejas como exclamando: ¡qué buen corazón!..... Mientras Matusalem ponía en sus manos una á una dos monedas de oro y dos monedas de plata, diciendo:

— Diez y dos doce.

— Ésa es la cuenta. ¿A favor de quién extiende el recibo?

— A favor de Miguel Lanuza.

Como se ve, el portero era á la vez administrador de la casa, y extendió su recibo dictándose lo á sí mismo en voz alta. Después que lo hubo firmado se lo entregó, y



Matusalem, leyéndolo, llegó hasta la firma, que decía: *J. Martin*.

—Muy bien; esta noche quedará instalada la familia.

—Los pobres, añadió el portero, pronto hacemos la mudanza. Ocho días hace que sirvo en esta portería y me mudé en cinco minutos. Figúrese V.; me traje mis siete hijos y mudanza hecha.

—¡Siete hijos nada ménos!

—Nada ménos.... Es una bendición de Dios, y es preciso que las pobres criaturas coman.... La mayor ya le ayuda á su madre y vamos viviendo. Además, cuento con un miserable retiro que no me pagan.

—¡Hola!.... ¿V. ha sido militar?.... preguntó Matusalem tomando la llave que el portero le entregaba.

—Ya lo creo, contestó éste; como que tengo siete heridas.

—¡Friolera!.... exclamó el amigo de la Marquesa. ¿Y es eso todo el botín que ha sacado V. de sus campañas?

—No señor, no señor; he sacado también siete cruces.

—¿Siete cintajos?

—No son cintajos, caballero; son honrosas condecoraciones que he ganado en acciones de guerra. Véalas V., añadió, mostrándole la solapa raída de una especie de gaban sumamente corto, que difícilmente se abrochaba en su pecho. Véalas V., véalas V.... no son cruces de pronunciamientos.

Matusalem hizo un gesto de admiración. ¿De qué se admiraba? ¿de que hubiera en el mundo un militar tan honrado?.... No; ó por lo ménos no era ésa la fórmula de su pensamiento; se admiraba de que hubiera en su siglo un hombre tan tonto.

Cuando con su llave y su recibo en el bolsillo se disponía á tomar de nuevo la calle, el portero lo detuvo, diciendo:

—¡Eh.... caballero!.... el inquilino deberá traer su cédula de vecindad, porque no podemos admitirlo de otro modo.

—Por supuesto, contestó Matusalem.

En honor de la verdad, no había pensado en semejante requisito, pero fácilmente saldría de la dificultad. A un hombre como él, tan bien relacionado, no habría de faltarle



un amigo en el extenso personal de la administración pública, que se apresurara á proveerlo inmediatamente de aquel documento falso, indispensable para llevar á cabo su feliz idea. Y si el favor, que puede tanto, no era suficiente, apelaria al dinero, que lo puede todo, porque era un negocio en el cual estaba dispuesto á echar la casa por la ventana.

Seguro de resolver en el acto la dificultad de este pormenor, llegó á la esquina de la calle, y al tiempo en que iba á volverla sintió sobre el hombro el peso de una mano, y sin poder evitarlo, llevó las suyas al sombrero y se le heló la sangre en las venas. Aquella mano, que habia caido repentinamente sobre su hombro, como suele caer la mano de la justicia sobre el hombro de algun criminal, debia ser..... era indudablemente la mano de Miguel. Por eso se le heló la sangre en las venas y acudió en auxilio de su sombrero; que siempre era el sombrero la primera víctima en estos encuentros tan temidos como inesperados.

No se atrevió á volver la cabeza por no

encontrarse con la realidad, y la realidad era aquella cara burlona, aquella risa infernal, aquellos ojos diabólicos, más irritados que nunca por el fuego de la venganza. Con la rapidez del pensamiento se imaginó todos los pormenores del suplicio que iba á sufrir; se sentia ya abrazado, oprimido, estrujado; oía distintamente su voz enternecida, lacrimosa, que le decia: «Mi querido Matusalem, mi tierno amigo, mi dulce compañero»; palabras feroces, que eran sus gritos de guerra, la señal de sus terribles ataques.

Esta vez no se contentaria con abrazarlo y hundirle el sombrero..... Y el caso es que aquel dia, creyéndose seguro de una nueva acometida, habia suprimido la compañía del hombre encargado de protegerle. Infame Miguel, lo pillaba indefenso.

Y no era esto solo. La escena sería como siempre: un escándalo..... la diversion de los curiosos y el entretenimiento de los transeuntes..... y allí, á veinte pasos de la casa cuya boardilla acababa de alquilar, claro es que el portero sería uno de los espectadores, y esto era entrar en la boardilla con malísimo pié;



era comprometer el sigilo indispensable en una intriga tan bien combinada.

Comprendió que su situación era terrible y resolvió quemar el último cartucho; esto es, apelar á la fuga; mas quiso correr y no pudo; estaba bajo el peso de una pesadilla. Su espíritu era fuerte, pero ¡ah! sus piernas eran flacas.

Como el que se lanza frenético á un peligro inevitable, cerró, digámoslo así, los ojos y volvió la cabeza.

¿Qué vió?

Vió una cara pálida, una sonrisa burlona, unos ojos medio dormidos debajo de unos párpados medio cerrados, y una nariz fina y puntiaguda; y francamente, respiró como el que acaba de nacer, aunque respiró á medias, porque si no era Miguel..... era Javier, el hermano de la Marquesa; verdadero contratiempo, pero que al fin y al cabo no era una catástrofe; del mal el ménos.

—¿Qué demonios viene V. á hacer por estas calles? exclamó Javier; pero añadió en seguida: Perdone V. mi indiscrecion; trae-

rá V. entre manos alguna trapisonda..... Cosas de hombres.

—No; contestó Matusalem con ingenuidad; hace tiempo que me retiré de las aventuras callejeras y he pasado por aquí..... casualmente. Mas..... ¿cómo me ha visto usted?

—Como se ve á cualquiera. ¿Acaso es V. invisible?

—No por cierto; pero quiero decir precisamente lo mismo que V. ha dicho; esto es: «¿Qué demonios viene V. á hacer por estas calles?»

—Yo vengo por aquí todos los días, contestó el hermano de la Marquesa, engan- chando su brazo al brazo de Matusalem.

—Yo, dijo éste, con la mayor naturalidad del mundo y acaso sin mentir, me parece que es la primera vez que piso esta calle.

—Es muy posible, y en todo caso es para mí un feliz encuentro.

—¿Por qué?

—Porque tengo una duda y no sé cómo salir de ella.

—Una duda..... ¡bah!..... la duda es el



principio de la sabiduría, aunque otros dicen que el principio de la sabiduría es el temor de Dios.

—Lo mismo me da, replicó Javier; la cuestión es que V. me viene de molde.

—Cuánto me alegro!

—Sí señor; V. es hombre de mundo y encuentra para todo soluciones prácticas.

—Tengo algunos años más que V., y aunque no sean muchos, como la experiencia enseña tanto.....

—Pues bien..... V. no comerá hasta las siete; son las tres..... algo más..... de manera que podemos dar un buen paseo.

No le hizo á Matusalem mucha gracia la proposición, pues el paseo iba á robarle un tiempo preciso, necesario para buscar al inquilino de la boardilla y adquirir la indispensable cédula de vecindad, garantía de los hombres de bien lo mismo que de los tunos; pero no tuvo más remedio que aceptarla.

—Por aquí, dijo el hermano de la Marquesa, cortamos el terreno; caemos en la calle del Barquillo y por la calle de Alcalá bajamos al *Prao*.

Aceptado el itinerario, se pusieron en marcha cogidos del brazo; esto es, codo con codo, como dos caballeros que eran, ó como dos presidiarios que podían ser, dada la fragilidad de la naturaleza humana.

Matusalem fué el primero que tomó la palabra, y la usó haciendo esta pregunta:

—¿Con que, se trata de una duda?

Javier echó al aire una bocanada de humo perfumado, que por medio de una boquilla de ámbar acababa de extraer suavemente de un soberbio habano, y contestó:

—Cabal; una duda endiablada.

—Póngame V. en antecedentes.

—Los antecedentes son de todo punto inútiles..... En casos de esta naturaleza los antecedentes son siempre los mismos.

—Entónces, veamos el caso.

—Yo, dijo el hermano de la Marquesa, planteo sencillamente la cuestión, y pregunto: «¿Qué se hace con un rival importuno, que sin más ni ménos se nos planta en medio del camino?»

A esta pregunta inesperada, Matusalem alzó los ojos para observar mejor la fisono-



mía de su compañero, pues aunque la pregunta podía ser inocente, podía ser también capciosa, porque la malicia suele tomar el aire de la inocencia. ¡Qué diablo de pregunta, que le cogía á él de medio á medio! Para responder sin contestar, exclamó:

—¡Ah! ¡ah!..... eso es muy serio.

—No lo dudo..... y por lo mismo quiero saber qué se hace.

—Yo le diré á V. Conviene distinguir para no confundirse; hay dos especies de rivales: unos que *quieren* y otros que son *queridos*. ¿A cuál de estas dos especies corresponde el rival de que se trata?

—Sin ningún género de duda, corresponde á un mismo tiempo á las dos especies.

—¿Es decir, que quiere y es querido?

—Eso es.

—En una palabra, ¿que se entienden?

—Justo.

Matusalem respiró, porque no era aquél su caso; la Marquesa y Miguel no habían llegado á entenderse todavía. Sin embargo, quiso remachar el clavo de su tranquilidad con otra pregunta:

—Y ¿cómo, dijo, se ha puesto V. en la pista de esa inteligencia?

—De un modo muy sencillo, contestó Javier. La muchacha tiene un hermano muy listo, de la misma piel del demonio, que merced á algunas monedas de oro, le tengo completamente á mi devoción. Pues bien; hace tres días me dijo: «Compañero, ó yo veo visiones ó se le llueve á V. la casa.» ¿Por dónde? le pregunté; y haciendo un guiño horrible, me contestó: «¡Por dónde! jum, jum..... por el cuarto de enfrente.» Claro está; desde ese día me puse en acecho, he observado, y ciertos son los toros.

—¿Y qué tal es?

—¿Quién? ¿él?

—Sí.

—Es..... un pobre muchacho..... pero temible.

—¿Muy temible?.....

—Quizá no sea mucho, porque ya sabe V. que los rivales nos parecen siempre mejor de lo que son.

—¿Y ella?.....

—¡Ah! ella es un portento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO